

su amada hija levantó los diques que habían contenido hasta allí el ímpetu de su amor, para inundar de un gozo inexplicable á aquella bendita alma y anegarla en el piélago de sus inestimables delicias. Entonces la bondad del Espíritu Santo no siendo ya detenida por ninguna consideración descubrió á su casta esposa la dicha de tener tal esposo. Entonces el Hijo le manifestó que nada le impedía de honrar á su madre según toda su voluntad. Entonces la inmensa Trinidad hizo ver á toda la corte celestial los tesoros de gloria que tenía preparados para la que debía de ser la maravilla de gloria como era el prodigio de gracia. Entonces fué colocada ella en su silla real, según diré inmediatamente, y los ángeles primero y después las primicias del rebaño de Jesucristo se presentaron en hilera á hacerle reverencia, á poner sus coronas á los pies de ella y á reconocerla como á su señora y soberana (1).

Pero tal vez se ofenda el cielo de que yo intente tartamudear sobre aquello de que acaso no me es permitido hablar, y porque quiero explicar con palabras humanas unos honores que son divinos, y medir con la vara de mi corto entendimiento la majestad de ese triunfo. Virgen santa, si he faltado en esta parte, te pido perdón: achácalo á la flaqueza de mi inteligencia, que se vale de toda la magnificencia que es capaz de imaginar, para hacer una peana á tu gloria y honrar tus grandezas.

(1) Adición de la madre M. J. de Blemar. — «Pero aunque esta fiesta sea enteramente suya, podemos decir que también es nuestra en cierta manera, porque esa misma Virgen es nuestra madre, nuestra abogada y medianera. Con efecto así como el Hijo mostrando sus sagradas llagas al Padre intercede poderosamente por nosotros, así Ma-

ria enseñando á su hijo los virginales pechos que le amamantaron, habla eficazmente en nuestro favor; y como el Hijo es nuestro medianero para con el Padre, ella es nuestra protectora ante la majestad de su hijo, junto á quien reside y ante quien colmada de gracias y delicias no cesa de rogar por los pecadores.»

§. III.—De los admirables privilegios de su sagrado cuerpo.

I. Mientras la iglesia triunfante está de fiesta y regocijo según el privilegio de su nombre, el reducido rebaño de Jerusalem, deshecho en llanto y lleno de amargura, se consuela lo mejor que puede, dice S. Juan Damasceno (1), con la prenda que le queda de su buena madre. Hay entre todos ellos una santa porfia sobre quién tendrá mas tiempo abrazados sus pies, quién los bañará mas con sus lágrimas, quién besará sus manos mas despacio, quién tendrá la dicha de poseer alguna reliquia que haya tocado aquel sagrado cuerpo. Pero al cabo hay que dar tregua á estos desahogos para practicar lo que es de justicia y celebrar las exequias de la madre de Dios.

Primer privilegio.

II. Comenzaré la relación de sus privilegios por el de la mas lucida y honrosa comitiva que se ha reunido jamás, para lo cual procuraré no separarme del discurso de S. Juan Damasceno. Este después de todos los padres citados arriba (2) cuenta que lavado y amortajado decentemente el sagrado cuerpo se encendieron cirios benditos al rededor del féretro y se empezaron á entonar cánticos solemnes según el orden dispuesto por el Salvador, haciendo los ángeles por otra parte resonar el aire con su celestial armonía (3). Y á la manera que el rey David cuando quiso trasladar el arca de la alianza á la

(1) Orat. 2 de dormit. Virg.: Metaphrast., Orat. de vita et dormit. B. Virg.: Nicephor., Hist. l. 2, c. 22.

(2) S. Dionys., De divin. nomin., l. 3.; Juvenal, archiep. jerosol. in hist. euthymica, l. 3.

c. 40: Andr. Cretens., Orat. 2 de dormit. Deiparæ etc.

(3) Sophron., Sermo de Assumpt.: S. Ildephons., Sermo de Assumpt.: S. Joan. Damasc., Orat. 2 de dormit. B. Virg.

casa que habia edificado (1), mandó congregar á los sacerdotes, á los principes del pueblo y á las personas mas visibles de Jerusalem, y entonces llevándola en hombros los sacerdotes y siguiendo detrás todo el pueblo, fué conducida al templo y colocada en el lugar preparado debajo del tabernáculo; así en esta ocasion los principes de la iglesia y los primeros hombres del mundo recibieron sobre sus hombros el arca mística del nuevo testamento para llevarla al sitio destinado. La distinguida comitiva tomó el camino del monte Olivete atravesando la ciudad con sumo orden y con singular compostura y gravedad. Iban cantando solemnemente los salmos, y los ángeles, aunque invisibles, tributaban todo género de honores y obsequios á aquel sagrado cuerpo. He leído en S. Gregorio de Tours (2) que hubo antiguamente cerca de la ciudad de Clermont en la Auvernia una doncella de excelente virtud llamada Jorja, y habiendo muerto, como se tratase de levantar el cadáver para conducirlo á la iglesia, comenzaron á volar una bandada de palomas y la siguieron hasta el templo, en cuyo techo se posaron sin separarse de allí hasta que se dió tierra al cuerpo. El mismo santo refiere (3) otra cosa aun mas maravillosa en la vida de santa Olalla, á saber, que en torno de su sepulcro hay tres árboles, los cuales por diciembre, que es cuando se celebra la fiesta de la santa, echan unas flores semejantes á las palomas, blancas como la nieve, que embalsaman el aire con un olor del paraíso y hacen esperar un buen año á todos los habitantes de la comarca, porque si por desgracia faltan, es para ellos un presagio certísimo de algun siniestro contratiempo. Y si las palomas están destinadas

(1) H. Reg. VI.

(2) De gloria conf., c. 34.

(3) De gloria martyr., c. 34.

á honrar la pureza y la integridad, nunca las mereció ninguna criatura mejor que la virgen de las vírgenes, la cual segun testimonio de S. Juan Damasceno (1) fué la castísima é inocentísima paloma que en aquel día salió del arca de su cárcel temporal para ir á respirar el aire puro de la felicidad eterna y traernos de allí las buenas nuevas de nuestra paz y nuestra reunion con Dios.

Segundo privilegio.

III. Luego que llegaron los apóstoles y los que los acompañaban al valle de Getsemani, donde el Salvador sudara agua y sangre, y donde estaba preparado el sepulcro de la virgen María, pusieron su ligera carga sobre una mesa, y entonces no hubo grande ni pequeño que no quisiera besar por última vez aquel cuerpo y derramar sobre él las postreras lágrimas. Renovóse el llanto con mas amargura y se exhalaban suspiros tanto mas hondos y dolorosos, cuanto mas próximo estaba el instante de separarse de aquella á quien habian amado tan tiernamente. Todos hubieran pasado allí gustosísimos el resto de su vida; pero fué preciso dar tregua al sentimiento y encerrar el sagrado cuerpo en el sepulcro; hecho lo cual tomaron la vuelta de Jerusalem no hablando de otra cosa que de las alabanzas de la Virgen, de los singulares ejemplos que les habia dejado, y de las inestimables gracias que habia recibido ella de Dios y por su medio todo el mundo. Tal vez dirian como S. Andrés Cretense en su primera oracion sobre el tránsito de la madre de Dios: «¡Qué maravilla es esta que hemos visto encerrada en un pequeño ataúd á la que llevó en sus entrañas al Dios del universo, el cual no puede ser contenido en ningún lugar! ¡Qué maravilla que la que hospedó al Señor en su

(1) Orat. 2 de Assumpti.

seno y descansa sobre los querubines, haya sido encerrada poco antes en un estrecho sepulcro! ¡Qué maravilla que hayan bajado los ángeles para honrar el tránsito de esta bendísimísima mujer, como en otro tiempo honraron el instante de la encarnación del Verbo en las entrañas de la misma!

IV. Mientras ellos prosiguen en sus amorosos lamentos y se retiran tristes y abatidos, adelantémonos nosotros un poco para postrarnos con el corazón y con el alma ante aquel sagrado sepulcro: no estaremos mucho tiempo sin ser testigos de las maravillas de Dios, segundo privilegio del sacrosanto cuerpo de la Virgen. Con efecto atesta S. Juan Damasceno con los padres susodichos haber sacado de los archivos de la respetable tradición que en cuanto se difundió por la ciudad de Jerusalén la nueva de la muerte de la Virgen, concurrieron á su sepulcro innumerables gentes, y que el Salvador hizo experimentar la asistencia favorable de su amadísima madre á los que acudieron atraídos de la devoción. Con solo tocar el sepulcro como antes con el contacto de su cuerpo sacratísimo los ciegos recobraron la vista, los cojos echaron á andar, los sordos oyeron, sanaron los enfermos de toda clase de enfermedades, y los pecadores (que se sentían inmediatamente movidos á dolor de sus culpas) recuperaron la completa salud de sus almas. En una palabra no hubo una persona que se volviese de allí sin alcanzar alguna merced particular por la intercesión de aquella á quien Dios quería honrar en el sepulcro. El mismo santo padre cita ejemplos; pero no tengo espacio para detenerme.

Tercer privilegio.

V. No me detengo, porque me espera el tercer privilegio, que es la incorrupción de este cuerpo, digno ta-

bernáculo de Dios y verdadera arca de la alianza hecha de una madera incorruptible. Le llamo incorruptible por gracia y privilegio solamente, porque en cuanto á la naturaleza tenía los mismos principios que los nuestros y estaba sujeto á los mismos accidentes. Pero ¿cómo queríamos que hubiese entrado en ella la corrupción, dice S. Juan Damasceno, cuando en su seno se había aposentado la vida? Esto hubiera sido contra todo derecho y razón y no podía convenir á un cuerpo que había llevado á Dios, como se expresa el santo. Andrés de Jerusalén, varón de singular mérito y excelente santidad y doctrina, sostiene con resolución (1) «que la carne de la virgen María no padeció mas corrupción despues de su muerte que en la concepcion y el parto del Verbo encarnado.» S. German, patriarca de Constantinopla, habla de esta suerte á la Señora (2): «Tu espíritu está vivo y gozando de los frutos de la bienaventuranza eterna, y tu carne no pasó por las leyes del sepulcro para experimentar corrupción.» S. Agustín emplea gran parte de su precioso sermón sobre la asunción de la Virgen en probar esta verdad. Ve aquí una breve muestra: «No negamos que pasó bajo del yugo comun de la muerte; pero de lo que se trata es de saber si la prerogativa que tenía de ser templo de Dios, podía permitir que la misma muerte la tuviese cautiva y bajo la esclavitud de la condicion comun reduciéndola á polvo y haciéndola pasto de los gusanos. Porque así como sabemos que su hijo y nuestro Salvador no sufrió la sentencia del primer hombre en aquello que desdecía de la divinidad de su persona, asimismo hemos aprendido en la escuela cristiana á privilegiar á su madre, cuya santidad y gracia fueron tales, que mereció singularmente hospedar á Dios cuando vino

(1) Orat. 3 de dormit. Virg. (2) Hom. de dormit. Virg.

al mundo. ¿Ignoramos por ventura que tiene un hijo omnipotente, el cual dijo de sí (1): «Toda potestad me ha sido dada en el cielo y en la tierra? Y si quiso salvar la integridad de su madre cuando esta le concibió; ¿por qué no habia de querer conservarla despues de su tránsito impidiendo los malos efectos de la muerte? El que pudo conservar el sello de su virginidad naciendo de ella, ¿no tendria el poder ó careceria de la voluntad de preservarla de la corrupcion despues de su muerte? Se trata del honor del uno y de la otra, porque la carne de Jesus es la de Maria, á la que tiene motivo de querer honrar y glorificar no solo en su propia persona, sino en la de su madre, porque es muy razonable que su trono y su tálamo nupcial se hallen donde está él, y que un tesoro tan precioso no se pierda en la tierra, sino que se guarde cuidadosamente en el cielo. Nunca afirmaria yo esto, si no formase una idea muy diferente de ese cuerpo sagrado que del mio, el cual no tiene nada que pueda eximirle de la ley general de la corrupcion. Pero en cuanto al suyo, además de haber sido depositario de las gracias mas señaladas de Dios, tenemos la promesa cierta que nos hizo de que quiere tener consigo á sus siervos y ministros (2). Y si se concede esta gracia á los que le hayan hecho algun servicio: ¿qué diremos de la que le crió, le sirvió y le asistió hasta la muerte? Si esta no está junto á él: ¿dónde habrá que ponerla? Si el Señor tiene tal cuidado de sus amigos, que impide que caiga un solo cabello de la cabeza de ellos; si conservó sanos y salvos á los tres mancebos en el horno de Babilonia y á Daniel en el lago de los leones; ¿como habia de olvidarse de su madre, á quien otorgó gracias y mercedes incomparablemente mayores?» Asi se explica el esclarecido obispo de Hipona.

(1) Mat. XXVIII.

(2) Joan. XII.

Cuarto privilegio.

VI. El cuarto privilegio de este sagrado cuerpo es que inmediatamente fué reunido á su alma gloriosa para ser transportado al cielo. S. Juan Damasceno lo asevera en las dos oraciones que compuso sobre la asuncion de nuestra señora. En la primera le dice asi: «Tu cuerpo immaculado no quedó en la tierra; sino que fué llevado al cielo, como que era el de la reina del universo y madre de Dios.» En el segundo atesta con los escritores antiguos (1) «que esto acaeciò al tercer dia de su muerte y con muy justa razon, porque era congruente que la que habia recibido en su seno al criador de todas las cosas, fuese recibida en los tabernáculos eternos; era preciso que la hija amada entrase en la casa de su padre y que la madre fuese reconocida como señora en el reino de su hijo.» El famoso historiador Glicas lo confirma en la tercera parte de sus Anales, diciendo que aunque la Virgen santisima estuvo sujeta á las leyes de la naturaleza en cuanto á la muerte y fué sepultada, no obstante venciò á la naturaleza, porque ni el sepulcro, ni la muerte no pudieron impedir que ella saliese del duro sepulcro sin dejar mas prenda que sus sudarios á imitacion de su hijo. El emperador Leon, apellidado comunmente el sabio ó el filósofo y excelente panegirista de la madre de Dios, en una oracion sobre su tránsito, que él llama sueño á la manera de los otros autores griegos, le dirige estas bellas palabras: «Oh Virgen santa, que alcanzaste el precio de las bendiciones de Dios, ¿qué es lo que has recibido del único que es grande en todo cuanto hace?

(1) Juvenal., archiep. jeros. dormit. B. Virg. Niceph., Hist. in hist. Euthymiaca, l. 3. c. 40: eccles., l. 2. c. 23. Metaphrast., Orat. de vita et

¿Qué es lo que vemos? ¿Qué es lo que oímos? ¿Qué espectáculo tenemos delante de los ojos? Oh santa señora, verdadera arca de santificación, tálamo nupcial del esposo celestial, único trono de Dios, ¿no eres tú llevada hoy al magnífico templo que edificaron allá arriba las manos del Omnipotente? ¿No te ha ensalzado sobre todos los coros de los ángeles, á ti de quien tomó él la vestidura de nuestra naturaleza y á quien honra ahora en tu persona? ¿No se ponen en orden los espíritus bienaventurados para recibirte segun tus méritos? Así habla aquel inclito príncipe y devoto siervo de la Virgen, que me daría excelente ocasion, si quisiera yo aprovecharla, de describir el segundo recibimiento que tuvo nuestra reina en el cielo, cuando á los tres dias del primero su bendita alma acompañada nuevamente de la corte celestial y del rey de la gloria su amado hijo bajó al sepulcro para reunirse á su cuerpo, el cual dejados en el instante los vestigios de la mortalidad apareció mas limpio que una perla oriental y mil veces mas brillante que el sol y fué á ocupar el trono que le estaba preparado, con un triunfo enteramente nuevo, que prefiero dejar á la consideracion del lector antes que oscurecerle con mis palabras (1).

Quinto privilegio.

VII. Pero antes de pasar adelante para contemplar las restantes prerrogativas de este sagrado cuerpo encuentro la quinta en el mismo sepulcro que acaba de dejar, porque todas las gracias con que Dios favoreció aquella piedra insensible, se le otorgaron únicamente por el depósito que habia tenido. Parece que S. Juan Damasceno está

(1) S. Athanas. Hom. de sanctiss. Deipara; Sopiron., Sermon. de Assumpt.; et alii plurimi apud Cristoph. à Castro, Hist. Deiparae, c. 20, n. 40.

muy oportuno cuando habla al sepulcro de la sacratísima Virgen lo mismo que si este tuviera conocimiento y razon. « ¿Dónde está ahora, le dice (1), oh sepulcro el mas distinguido y santo que ha habido nunca despues del del Salvador, dónde está el oro finísimo que los apóstoles depositaron en tí por sus manos? ¿Qué se ha hecho el inestimable tesoro que recibiste? ¿Qué noticias me das de la mesa mística y animada de proposicion? ¿Qué es del libro nuevo donde fué escrito el Verbo divino sin mano de hombre de una manera inefable? ¿Qué del piélago de las gracias del cielo? ¿Qué del manantial de las maravillas de salud? ¿Qué de la fuente de vida? ¿Qué (para hablar mas claramente) del amadisimo cuerpo de la bienaventurada madre de Dios? Pero ¿para qué buscas (responde el sepulcro) á la que está viva en la casa de la muerte, y por qué me pides cuenta de ella, como si estuviera en mis facultades resistir á los mandatos divinos? Verdaderamente me he desprendido de él muy á mi pesar; pero aunque me ha dejado, ha pagado bien su estancia, porque he heredado su mortaja, mas preciosa que todos los tesoros del mundo, me ha perfumado con un aroma celestial, me ha llenado de una virtud divina, me ha hecho un templo digno de todo honor y ha colocado al rededor de mi un cuerpo de guardia escogido y sacado de la milicia celestial. Desde entonces he venido á ser el terror de los demonios, el consuelo de los afligidos y el asilo de los pecadores. Venid, acudid quien quiera que seais, los que deseais libraros de algun mal ó gozar de algun bien, porque Dios no ha puesto límites á sus larguezas desde que yo recibí la fuente de gozo y la rica vena de los tesoros celestiales.

(1) Orat. 2 de dormit. S. Mariae.

Sexto privilegio.

VIII. Viniendo finalmente al cuerpo glorioso de esta reina triunfante, la última prerogativa de las que intento recopilar es que sobre todas las singulares calidades llamadas de ordinario dotes de los cuerpos gloriosos, de las que gozó de un modo muy excelente, el suyo tiene un cierto esplendor particularísimo é incommunicable á ningun otro como una participacion del inefable que sale del cuerpo del Salvador; esplendor que ella posee á título de madre de Dios como señal de la dignidad real y del poder absoluto que tiene en la corte de su hijo; esplendor tan suave y deleitable, que como mostraré en el capítulo XIII, una de las primeras glorias accidentales de los bienaventurados es ver ese rostro que sobrepuja toda hermosura. S. Bernardo lo dice claramente en estos términos en el primer sermón de la Asuncion: «Hoy la gloriosa Virgen subiendo al cielo ha colmado de gozo á los moradores de aquellas regiones por un aumento extraordinario de alegría, porque si el alma del Bautista sintiéndola solamente dentro del claustro materno saltó de gozo, ¿cuál deberá de ser el regocijo de los que tienen la dicha de oír su dulce voz, de ver su agraciadísimo semblante y de gozar de su bendita presencia? Por nuestra parte no pensemos que es pequeño el motivo que hay para alegrarnos con ellos, porque todo el mundo siente los efectos de la gloria de María; pero especialmente el cielo que habitamos, en atencion á que ha recibido un incremento inexplicable de claridad desde que se ha colocado la antorcha virginal en el aparador eminente. ¡Oh faz adorable! ¡Oh rostro divino, que desean contemplar los ángeles! ¿Cuándo tendremos nosotros la dicha de verte cara á cara y participar de la dulcedumbre que tu presencia difunde por todo el ámbito del paraiso?»

§. IV. — De las excelencias incomparables de su santísima alma

I. Cuenta Hincmaro, arzobispo de Reims, en la vida de su predecesor S. Remigio que llegado el dia en que habia de ser bautizado el ilustre Clodoveo, primer rey cristiano de los franceses, el santo prelado para hacer mas solemne la ceremonia y atraer el corazon de los francos al amor de la religion cristiana mandó colgar las calles desde el real palacio hasta la iglesia con los mas ricos tapices que pudo haber á las manos, con telas de seda y otras preciosas, sembrando el suelo de flores y yerbas olorosas y perfumando además toda la carrera con exquisitas aguas de olor. Cuando el rey salió con su corte y acompañado del venerable obispo, á quien llevaba de la mano, no pudo menos de preguntarle: «Padre, ¿es este el reino de que tanto me habéis hablado y que me habéis prometido tantas veces?» A lo que replicó el santo: «Señor, hay mucho que decir; este no es mas que el principio del camino por donde se llega allá.» Aquí tengo yo algun motivo para decir lo mismo de la materia que tratamos, porque bien pudiera suceder que habiendo alguno oido tantas grandezas de la madre de Dios se persuadiese á que ya no hay nada que decir y que hemos llegado á la cumbre de sus excelencias. Pero estamos muy lejos de eso, porque hasta ahora no hemos hecho otra cosa que conducirla al templo de la gloria, donde ha de recibir el cúmulo de los honores eternos. Con efecto el santo arzobispo de Candia, queriendo preparar los ánimos para el discurso que hace de las grandezas de la Virgen, despues de decir que es detenerse demasiado fuera sin entrar en el santo de los santos y despues de hacerlos esperar que allí encontrarán algo mas grande que lo que han visto, les advierte que ante todo purifiquen sus labios con el contacto del carbon se-

ráfico y sus entendimientos con una elevacion de pensamiento y un animoso desprecio de todos los afectos terrenos y que sin una gracia muy particular de la misma Virgen no pueden esperar ser admitidos á la indagacion de sus grandezas (1). Así bajo de tñ amparo, oh santa madre mia, entraré yo en ese santuario para considerar las excelencias de la gloria que fué comunicada á tu santísima alma, aunque conozco muy bien que diré poquísimo por no poder sufrir el resplandor de ella. Pero tal vez sea aun demasiado para mí, que debía de contentarme con postrarme á tus piés sin tener la osadía de levantar los ojos para mirarte á la cara.

Primera excelencia.

II. La primera excelencia de la gloria de la madre de Dios consiste en la union de su bendita alma con la santísima Trinidad, primera fuente de gloria. Con efecto apenas puso el pié en el cielo, cuando Dios recorriendo el velo que antes lo impedía, le manifestó en su divino rostro maravillas incomprensibles de su poder, de su sabiduría y de su bondad. Mucho tendría yo que decir sobre esto, si los discursos anteriores relativos á la inmensidad de su gracia no me ahorráran una buena parte del tiempo que debería de emplear en ello. Pero presupuesto que la gracia que recibimos en la presente vida y que lucramos con nuestras buenas obras, no es otra que la semilla de la gloria y que esta se da en el cielo á proporcion de la gracia, hay que inferir por necesidad que habiendo sido la gracia sin medida, la gloria lo es al mismo tiempo y por consiguiente que viendo á Dios, aunque esté muy distante de comprenderle, no obstan-

(1) Orat. 1 de dormit. Deiparn.

te descubre mas perfeccion y grandeza en la divina esencia que los mas encumbrados querubines y los mas abrasados serafines. Esto es lo que significa S. Juan Crisóstomo cuando dice en su liturgia, que Maria es incomparablemente mas gloriosa que los serafines, y S. Lorenzo Justiano cuando afirma (1) que toda la felicidad que admiramos en los bienaventurados, se encuentra con grandísima ventaja en Maria y que de ahí procede el pasmo de los ángeles cuando preguntan quién es. S. Efrén, discipulo de S. Basilio, dice (2) con el Crisóstomo que sin comparacion excede en gloria á todos los bienaventurados: que es la maravilla del mundo y superior á todas las otras maravillas: en fin que es la corona de todos los santos; pero tan brillante que deslumbra á los que la miran. S. Pedro Damiano habla claramente y sostiene (5) que no solo excede á cada uno de ellos en particular, sino á todos en general; lo que equivale á decir que ella sola posee mas gloria esencial que todos los bienaventurados juntos. Y en realidad supuesto que ese mismo exceso está ya concertado en punto de la gracia, debe de ser una cosa resuelta tocante á la gloria (4). Este es el pre-

(1) Sermo 1 de Assumpt.

(2) Orat. de laudibus Virg.

(3) Serm. de Assumpt.

(4) Ad cion de la madre Maria J. de Blemur.

«Maria es un cielo nuevo, una tierra nueva, un piélago de gracia. Pero ¿quién medirá la altura de este cielo, la anchura de esta tierra y la profundidad de este vasto piélago? El conocimiento de él está reservado á Dios solo, que la hizo tan grande en gracia, en gloria, en poder y en misericordia: digo en gracia y en gloria, porque la gloria es siempre conforme á la gracia. Ella es ensalzada sobre todos los coros de los ángeles en el reino de los

cielos, como canta la iglesia, y forma por sí un coro separado, donde es mas honrado Dios, donde reina con mas gloria y donde descansa mas deliciosamente que en todas sus otras criaturas. Ella sola por la grandeza que le es peculiar, mira á las personas divinas como dependientes de las adorables propiedades de ellas, y este solo coro de la sacratísima Virgen rinde mas homenaje á la esencia y á las perfecciones divinas que todos los ángeles y escordos juntos, y Dios la ama á ella sola mas que á todos; lo cual no disminuye su caridad para con sus hijos.»

cer de S. Ildefonso, cuando dice (1) que así como es incomparable lo que ella hizo é inefable lo que recibió, del mismo modo es incomprensible el precio de la gloria que mereció. Añade que para poder medirle sería necesario saber antes de qué abundancia de gracia fué llena la que tuvo en su seno al autor de la gracia y al Dios de majestad cuando vino al mundo. S. Bernardo dice (2) que «si el ojo no vió, ni el oído oyó, ni el corazón humano comprendió lo que Dios tiene preparado para los que le aman, es desalino querer explicar lo que preparó para aquella que le engendró y le amó sin comparación mas que todos; de lo cual no duda nadie (3).» Las palabras de estos insignes santos me hacen comprender en algun modo un dicho muy expresivo de un buen siervo de la reina del cielo, el bienaventurado Estanislao de Koska, novicio de la compañía de Jesus. Preguntándole un dia su confesor qué le parecia de la fiesta de la Asuncion que se celebraba al siguiente, respondió el devoto novicio que en aquel dia habia criado Dios una nueva gloria en el cielo para su santísima madre. Y á decir verdad así era preciso, porque debajo de la adorable Trinidad no habia otra bastante para igualar á los méritos de la madre de Dios y porque ella sola debía de poseer por su parte mas que la que el Señor habia criado hasta entonces para todos los bienaventurados y aun que la que debía de criar hasta el fin de los siglos.

(1) Serm. 2 de Assumpt.

(2) Serm. 1 de Assumpt.

(3) Adición de la madre María J. Blémur. — «Dichosa mil veces esta santa señora ya cuando recibe al Salvador en su casa, ya cuando él para pagar la hospitalidad la puso en el lugar mas

eminente y glorioso que habia en el cielo, y la hizo sentar á su derecha, para que pueda decir ella ahora con la esposa: «Me senté á la sombra de aquel á quien yo habia deseado, y su fruto dulce á mi garganta (7).»

Pues ¿por qué no he de aplicar con todo respeto á la Virgen la bella observacion que S. Gregorio Niseno hace en un discurso de la Ascension? A la llegada del Salvador los ángeles que iban delante, no dijeron á los que estaban dentro: Abrid vuestras puertas, príncipes del cielo; sino: Levantad vuestras puertas; porque era tan grande la majestad del que habia de entrar (y proporcionalmente diremos de la que habia de entrar), que no podia caber por las puertas ordinarias. «¡Oh si nos fuera dado, exclama S. Ildefonso (1), saber hasta qué extremo de contento llegó ella hoy! ¡Oh si pudiéramos saborear la dulcedumbre del paraíso donde fué recibida! ¡Oh si pudiéramos comprender los honores que le tributó toda la corte celestial! Si nos fuera permitido entrar en el sagrado retrete de las grandezas que se le mostraron; no cabria nuestro corazón de gozo y contento.» Pero estos deseos son mas fáciles de tener que de cumplir, porque como observa S. Pedro Damiano (2), solo aquel que la ensalzó á esta gloria y ella que la posee, pueden explicarla. Por mi parte no dudo que S. Agustin habla á este propósito con tanta franqueza como lo hizo á otro semejante, cuando da por cierto que aun la que recibió tanto honor, no comprende hasta dónde se extiende. Así contentémonos con saber que es absorbida enteramente en el Océano de las grandezas divinas y que por medio de la luz de gloria penetra mas que nadie en la luz inaccesible de la divinidad para contemplar al Padre en el Hijo, al Hijo en el Padre y al Espíritu Santo en los dos, para reconocer la profundidad de los tesoros de la ciencia de Dios, para descubrir los misterios escondidos abeterno y especialmente los de nuestra redencion, la mayor parte de los cuales se cumplieron en ella

(1) Serm. 4 de Assumpt.

(2) Serm. de Assumpt.

y con ella, para ser transformada de resplandor en resplandor por el espíritu de Dios y ser inundada del torrente de delicias que sigue á esta posesion beatífica (1).

Segunda excelencia.

III. La segunda excelencia de su gloria es mas proporcionada á nuestra capacidad, porque mira á los efectos que salen de Dios como primera causa é idea soberana de todas las cosas, que son los escalones ordinarios por donde subimos á él. Para entender esto mejor hay que recordar lo que aprendimos en las aulas de teología; á saber, que los bienaventurados en la gloria no ven solamente las perfecciones interiores de Dios, sino que además como él es un espejo clarísimo que representa todo lo que ha sido, lo que es y lo que será, descubren en Dios por entre su esencia fecunda las cosas que pasan fuera de él. Es verdad que hay mucha diferencia entre este espejo divino, por decirlo así, y los espejos de que usamos en la tierra, porque siendo estos naturalezas muertas, insensibles y sin libertad, nos representan por necesidad con debida proporcion todo lo que se les pone delante; pero sucede de muy diversa manera en Dios, que siendo un espejo intelectual, volunta-

(1) *Adición de la madre María J. de Blemur.* — «Y no hay lengua ni aun de ángeles que pueda explicar la gloria de la madre de Dios, su divina consumacion en la persona del Padre que es su esposo, en la persona del hijo de quien es verdadera madre, y en la persona del Espíritu Santo cuyo templo y santuario es. No hay un entendimiento tan perspicaz y luminoso,

que comprenda cómo se transforma en Dios una criatura que le es tan íntima. Estas no son palabras al aire; la grandeza de nuestra soberana no consiste en la eleccion de las expresiones con que la debilidad humana procura celebrar sus alabanzas: son verdades fundadas en la sagrada escritura y en la doctrina de los santos padres.»

rio y libre afuera en sus representaciones hace ver lo que quiere á los que entran á gozar de su gloriosa presencia, y les oculta lo que le parece. Y aunque estas sean cartas cerradas para nosotros, que no hablamos de estos misterios escondidos sino como los ciegos discurren de los colores; no obstante en cuanto nos es permitido ayudarnos de las santas escrituras, de la autoridad de la iglesia y de la razon para la inteligencia de estos arcanos, decimos que para el complemento de la felicidad de cada bienaventurado es como necesario con una necesidad de congruencia que obliga á Dios á su manera, especialmente en el cielo donde ostenta los tesoros de su gloria á sus fieles siervos, que estos no ignoren nada de lo que corresponde á su estado: de otra suerte tendrían algun deseo razonable no satisfecho, y de consiguiente sería defectuosa su felicidad. De modo que para completar en un todo el contento de un príncipe bienaventurado Dios le hace ver todo lo que pasa en su reino; á un fundador de religion todo lo que pertenece á su órden; á un padre lo que es de su familia; y á todos en particular las súplicas que se les dirigen, y los diferentes resultados de los negocios que quiere llevar al cabo por interposicion de ellos, porque habiéndose aumentado indeciblemente su caridad así como el poder que tienen de hacernos bien, requiere la razon que conozcan lo que pasa á nuestro alrededor para ser movidos por este medio á proporcionarnos el auxilio de que hemos menester en nuestras miserias, y recibir la satisfaccion que les redundará del buen éxito de los negocios que han manejado. Digo esto sin intencion de limitar la magnificencia de Dios á lo que toca precisamente al estado de cada uno, sino solo para manifestar que no hay ninguno en el cielo, á quien no dé por lo menos este aumento de contento.

IV. Ve ahí el camino abierto para decir con seguridad que la Virgen descubre mas cosas en Dios que nin-

guno de los santos que hay en el cielo, y aun ve más que todos ellos juntos, y para decirlo breve, que ve todo lo que Dios mismo percibe con la ciencia que llamamos de vision, la cual no es otra cosa que el conocimiento que Dios tiene de las cosas que han sido, son ó deben de ser en cualquiera diferencia de tiempo (1). La razon de esto es la misma que acabo de decir, á saber, que refiriéndose finalmente al cumplimiento de la predestinacion de los escogidos todo lo que ha sido, es y será, no excede al estado de la madre de Dios, la cual (como diré mas largamente en el tratado segundo) fué escogida para medianera de la salvacion de todos los hombres, para instrumento de su predestinacion, para reina y señora soberana de todos los dominios de Dios. Exceptuo solamente por honor y deber los actos interiores del Salvador; porque siendo sin comparacion superior á su madre en gloria y perfeccion, no es razonable que entre esta tan adentro en el retrete del principe sin permiso de él. Pero excepto eso repito que todo lo que está presente á la inmutable eternidad de Dios como que debe de ser en cualquiera diversidad de tiempo, es conocido de la gloriosa Virgen á medida que fija los ojos en la soberana esencia de Dios. A lo que pienso, el patriarca de Constantinopla S. German significó esto cuando dijo (2): «Tu espíritu, santa señora, vive en toda eternidad. Tú descubres todo, y tu vista se dirige al conocimiento de todas las cosas.» No salgamos de aquí sin considerar la buena parte que tenemos en esta excelencia, porque no debe de sernos indiferente el que seamos divisados por nuestra bondadosa madre, que vea ella lo que pasa á nuestro rededor, que sepa todas nuestras necesidades

(1) Suarez, tomo 2 in 3 p., (2) Serm. de Assumpt. d. 24, sec. 3 etc.

y que conozca los efectos de sus misericordias sobre nosotros, pues así como siempre nos mirará y tratará con corazon maternal, así debemos esperar por un lado que su vista nos sea siempre muy favorable y por otro evitar mediante esa misma consideracion el hacer en su presencia ninguna cosa capaz de ofenderla.

Tercera excelencia.

V. Paso á la tercera excelencia, que mira á su gloria accidental. Así llamamos ciertos aumentos de gloria que sobrevienen extraordinariamente á los santos ó son particularmente anexos á alguna suerte y condicion de personas. Digo y es verdad que hay ciertos aumentos de gloria accidental, con que Dios se sirve favorecer á los moradores del cielo; porque aunque la felicidad de ellos sea un estado invariable por lo que toca á la gloria esencial, sin embargo en lo que mira á la accidental, como Dios quiere infinitamente á sus santos, les prepara de cuando en cuando nuevos motivos de regocijo ya descubriéndoles algun feliz suceso respecto del incremento de su honra, en que todos están interesados, ya acrecentando su felicidad por los frutos de los buenos ejemplos y de las santas instituciones que dejaron en este mundo, ya iluminando sus almas segun le place con los rayos de una luz súbita y excitando en ellos algun estremecimiento extraordinario de alegría todo á medida de su voluntad. En lo cual es claro que nadie excede, ni aun iguala á la madre de Dios tanto á causa de la union que tiene con el principio de todos estos contentamientos, como por su eminentísima calidad, porque como causa universal participa de derecho de todos los goces particulares de los santos sin hablar de los que le convienen á ella privativamente.

VI. Los otros aumentos de gloria accidental se dan

como por estado; así es que son estables y están destinados á ciertos órdenes y condiciones particulares de los santos y reservados para algunos servicios señalados que se hicieron á Dios en esta vida. Tales son los premios distinguidos que llamamos aureolas de los santos mártires, de los doctores y de las vírgenes. He dicho mas de una vez que la madre de Dios tiene la llave de todos los privilegios y que entra por todas partes; y cuando se tratase de presentar las pruebas, pronto se ventilaría la cuestion. Con efecto respecto de la corona de la virginidad nadie duda que alcanzó el premio de ella. La de los doctores la adquirió tambien habiendo hecho el oficio de tal, como he declarado mas arriba, especialmente viendo lo que enseña el doctor angélico (1); que para conseguirla no hay ninguna necesidad de haber hecho profesion pública de predicar ó enseñar, sino que basta haber explicado y declarado á los demás los misterios de la religion. Tal vez habria mas dificultad por lo que mira á la corona particular de los mártires, presuponiendo que no muriese de muerte violenta (2). Pero

(1) In 4 dist. 49, q. 5, art. 5.

(2) Adición de la madre *Maria Jacoba de Blenur*. — «Muchísimos doctores afirman que adquirió la calidad de tal al pié de la cruz porque sintió todas las penas de su hijo: fué crucificada con él, traspasada con sus espinas, atravesada con sus clavos, y los arroyos de sangre que salian de sus llagas, anegaban su corazón en un mar de amargura. Con efecto si es insufrible para una madre el ver morir en una cama á su hijo, honrado y sentido de todos; ¿cuáles serian los sentimientos de aquella inocente madre asistiendo al cruel suplicio de su

hijo en medio del tumulto de un pueblo insolente? Razon tiene S. Bernardo de llamarla mas que mártir, porque en aquella alma afligida se encuentra la fortaleza y caridad de los mártires y se viene en conceder que da mas que su vida dando la de su hijo por una profunda sumision á la voluntad del Padre. Todos los amigos de Jesus que tuvieron la gracia de asistir á su muerte sin cuidarse del desprecio ni del furor de sus enemigos, adquirieron desde luego la gloriosa corona del martirio por una santa participacion de sus tormentos y su muerte; y esa es la razon por que ninguno de ellos perdió

quien considere lo que dice S. Anselmo, que todos los tormentos de los santos mártires fueron leves en comparacion de los dolores de la madre de Dios, y que no los hubiera soportado sin una asistencia extraordinaria de aquel con quien y por quien padecia (1); quien medite la observacion de S. Ildefonso de que aunque su cuerpo no fué atravesado con la espada material, su alma fué traspasada con la espada espiritual de amor y de bondad, tanto mas dura, cuanto las heridas del alma son mas penetrantes que las del cuerpo (2); y que si le faltó á ella el verdugo, ella no faltó al verdugo manteniéndose siempre al pié de la cruz; quien examine lo que dice el venerable abad Guerrico (3), que desde que parió al Salvador sufrió el martirio de un continuo desfallecimiento; desfallecimiento de temor por las celadas que armaban á su hijo; desfallecimiento de dolor por los tormentos imposibles de imaginar que le veia sufrir; desfallecimiento de amor por estar separada del único objeto de sus ansias; quien pese en la balanza lo que dice S. Bernardo (4); á saber, que los clavos con que fueron clavados los piés y las manos del hijo, penetraban el corazón de la madre, y que la lanza que hirió el costado del Salvador ya muerto, traspasó el alma de la gloriosa Virgen haciendo tal herida de do-

la vida á manos de los enemigos de la fé, habiéndoles concedido el hijo de Dios otro martirio menos conocido en la tierra; pero mas distinguido en el cielo.

«En el tiempo de la dolorosa pasion de Jesucristo fué María una madre de dolores, habiendo sido siempre conforme á todos los estados de su hijo. Jesus padece por decreto de su eterno Padre y á impulso de su propio celo, y la Virgen santísima por

compasion de su hijo paciente y quiz tambien por la operacion del Padre, que imprimió en ella la muerte de su hijo. Digamos pues que no solo mereció la gloria de los mártires, sino que fué adornada de la aureola de tal como reina de todos los mártires.»

- | | |
|-----|------------------------------|
| (1) | De excellent. Virg., c. 5. |
| (2) | Sermo 2 de Assumpt. |
| (3) | Sermo de Assumpt. |
| (4) | Sermo in <i>Signum magn.</i> |

lor, que no hubiera sobrevivido un punto si no hubiese sido para sufrir aun mas: en una palabra quien lea lo que escribe S. Lorenzo Justiniano (1), que durante la pasion de Jesucristo el corazon de Maria era un verdadero espejo de todos los dolores que aquel sufría, y una perfecta imágen de muerte; ¿podrá tener dificultad en llamarla con esos mismos doctores mártir, mas que mártir y reina de los mártires? Todos estos dotes de gloria se harán aun mas visibles por lo que diré acerca de la silla á que fué elevada.

S. V.—De la increíble elevacion de su trono real.

I. Apenas habrá un espíritu tan osado á quien S. Bernardo (2) no ataje el vuelo, si intenta hablar del recibimiento que tuvo la madre de Dios, y de la elevacion del trono á que fué ensalzada; porque el santo quiere que no tengamos en menos la inefable entrada de la reina de los ángeles en el cielo que la venida del rey de la gloria á la tierra. Ve aquí en qué términos habla de la una y de la otra: «¿Por qué creéis que la iglesia santa en el día de la asuncion de la Virgen propone el evangelio de aquella buena señora, que dió posada en su casa al Salvador (notad que lo entiende misticamente y que no habla de otro recibimiento mas que del que le hizo la bienaventurada Virgen), sino para que la entrada del hijo nos conduzca á la de la madre y nos persuadamos á que es inexplicable la segunda lo mismo que la primera? Y á la verdad ¿quién sería tan elocuente, aunque hablase la lengua de los ángeles, que pudiera declarar de qué manera aconteció que por la mano omnipotente del Espíritu Santo y por la virtud del Altísimo el Verbo que hizo todas las

(1) De triumphali Christi (2) Sermo 4 de Assumpt. agone, c. 21.

cosas, fué hecho carne, y el Dios de la majestad, á quien no pueden contener los cielos, ni la tierra, se encerró en las entrañas de una virgen? Si concedéis que este misterio es incomprensible; ¿cómo juzgais que sea posible comprender el triunfo de la reina del mundo cuando fué ensalzada al cielo y se sentó en el trono de gloria segun el honor debido á la calidad de madre de Dios y segun la grandeza conveniente á tal hijo? En vista de esto intente quien quiera describir la elevacion de la silla imperial de la reina de la gloria: yo por mi parte no trato de arriesgarme, y me bastará trasladar lo que los santos han dicho acerca de esto. Aun parecerá despues de oírlos que han subido tanto, que á no ser porque hablan unos santos y unos ilustres doctores, quizá harian vacilar la creencia de los mas fieles siervos de la Virgen.

Nuestra señora es ensalzada sobre todos los santos.

II. Nuestra madre la iglesia y los santos doctores hablan de tres diversas maneras del asiento eminente que se dió á la madre de Dios. Primeramente lo hacen en términos generales. Así canta la iglesia que Maria fué ensalzada al reino de los cielos sobre todos los coros de los ángeles: S. Bernardo y otros muchos santos ya citados la colocan sobre todo lo que está debajo de Dios. «La Virgen», dice el melifluo doctor (1), es recibida hoy en la ciudad santa por aquel mismo á quien ella hospedó cuando bajó al castillo de este mundo. Pero ¿con qué honor, con qué regocijo y con qué gloria pensais que sea recibida? Así como cuando él vino del cielo á la tierra, ella le recibió en el lugar mas digno y honrosos

(1) Sermo 4 de Assumpt.

que habia en el mundo, á saber, en el templo de sus sacratísimas entrañas; de la misma manera cuando ella subió de la tierra al cielo, fué colocada en el lugar preeminente. » Lo mismo dicen otros muchos que omito expresamente, los cuales fundándose en la razon hicieron pasar por una máxima indudable que la madre de Dios forma en el cielo un órden aparte y tiene un asiento particular inferior á la beatísima Trinidad, pero indudablemente mas encumbrado que todos los asientos de los otros bienaventurados.

Nuestra señora es colocada junto á su hijo y sentada en el trono con él.

III. Mas cuando vengo á considerar la cosa de cerca y examinar lo que escriben algunos insignes siervos de Dios y celadores de su gloria, advierto que hablan tan favorablemente de la Virgen santa, que la ponen á la mano derecha del Salvador en un trono pegado al suyo, donde verdaderamente la colocan con su hijo bajo de un mismo dosel y le dan lugar en el trono real de la adorable Trinidad (4). S. Atanasio, este esclarecido y antiguo

(4) Adición de la madre María Jacoba de Blennur.—«Aseguran que fué colocada á la derecha de su hijo y que el cielo vió en realidad lo que solo en figura habia pasado en la tierra, cuando yendo Betsabé á hacer una petición á Salomon, se levantó este de su trono para recibir á su madre y mandó que le pusiesen otro trono junto al suyo á fin de hacerla sentar á su derecha. Si pues Salomon honró así á su madre, ¿con cuánto mas motivo habrá puesto

el Salvador á la santísima Virgen junto á sí y á su derecha? ¿No era justo que la que siempre habia estado al lado de Jesucristo para padecer con él, se hallase tambien junto á él en el cielo para gozar de la gloria y que así como ella habia tenido parte en sus tormentos, la tuviese tambien en sus honores? Virgen santa, ¿con qué familiaridad estás con Dios! ¿Cuán cerca de él te encuentras! ¿Qué gracia tan grande has hallado delante

doctor (1), aplica á María aquellas palabras del real profeta: «Asistió la reina á tu derecha con vestidura dorada y rodeada de variedad (2).» «Hoy la Virgen santísima, dice S. Ildefonso (5), es coronada en compañía de los ángeles en el reino que le estaba preparado desde el principio del mundo: hoy está destinado su lugar á la derecha de Dios, segun habia cantado mucho há el salmista.» S. Juan Damasceno no contento con esto la pone en la misma silla de su hijo como compañera de su bienaventuranza y reina del mismo reino. «El rey, dice (4), te llevó á su retrete donde estás rodeada de los principados, bendecida de las potestades, honrada de los tronos, ensalzada de los serafines como verdadera madre por naturaleza y gracia del Señor del universo. No fuiste arrebatada como Elias, ni menos aun subiste como S. Pablo hasta el tercer cielo solamente, sino que llegaste hasta el trono real de tu hijo, donde contemplas despacio su amabilísimo rostro y tratas familiarmente con él.» No la honra menos S. Agustin cuando dice (5): «Pasaste los coros de los ángeles y llegaste hasta el trono del rey soberano; porque el rey tu hijo te encumbró al mismo asiento donde él puso la humanidad que habia tomado de tí, pidiendo la razon que tú que eres reina, llegases á la misma cumbre de honor que el que fué engendrado de tí.» Sofronio dice lo mismo en el sermón de la Asuncion dirigido á santa Paula y su hija santa Eustoquio. «Este es el día, dice, en que la gloriosa Virgen subió hasta lo mas alto del cielo y se sentó en el trono real junto á su amado hijo.» Hablando S. Anselmo de la inestimable bondad que el Salvador usó para con su santa madre, se expresa así (6): «Salió á recibirla con

(1) Orat. de S. Deipara.

(2) Salmo XLIV, 10.

(3) Serm. 4 de Ass. Virg.

(4) Orat. 4 de dormit. B. V.

(5) Serm. de Assumpt.

(6) De excellent. Virg., c. 8.

millones de millones de ángeles, y haciéndola atravesar todas las legiones de ellos y colocarse sobre los mismos le hizo lugar junto á sí en el trono de su gloria y al mismo tiempo le dió un poder absoluto sobre todas las criaturas que le obedecen (1).»

IV. S. Pedro Damiano muy al principio del sermón que compuso sobre la misma festividad, da vuelo á su imaginación: desea que su lengua derrame torrentes de palabras de oro: suplica á la Virgen que aguce su entendimiento, dirija su pluma y le inspire un lenguaje rico y afuente: convida al sol para que despida una luz extraordinaria, porque este es, dice, el día dichosísimo en que la Virgen incomparable sube hasta el trono del eterno Padre y tomando asiento junto al de la beatísima Trinidad llama hácia sí la atención de todos los bienaventurados. Dese á las palabras de estos santos el sentido que se quiera; por mí me contento con haber desempeñado en parte mi palabra y haberlos hecho hablar delante de mis lectores: pues lo prometí, no aventuraré mi juicio, bastándome considerar con S. Idefonso cuál fué el gozo del cielo en aquel día. Y comenzando por María santísima, á quien principalmente correspondía esta fiesta (2), ¿cuál fué á vuestro parecer la dilatación de su alma cuando se vió colocada junto á aquel á quien su corazón había deseado tanto tiempo? Es probable que le hablara en estos ó semejantes términos: «Oh veneradísimo hijo mío, áncora de mis esperanzas, ¿qué cosa hay en el cielo ó en la tierra capaz de detener mi corazón fuera de tí, que eres mi único bien, mi señor y mi Dios,

(1) Adición de la madre María Jacoba de Blemur. — «Con efecto comunmente se la llama nuestra señora, lo cual denota el sentir de todos los fieles to-

cante á su dependencia y á la soberanía de ella.»

(2) S. Idefons., Serm. 4 de Assumpt.

á quien quiero sobre todo lo que hay de amable en el mundo, á quien honro y deseo con todo mi afecto. ¡Con que ya te tengo y poseo ahora sin temor de perderte y sin recelo de separarme jamás de tí! Tú serás eternamente mi suerte, mi herencia, mi dicha, mi único, mi todo.» Si de aquí queremos pasar á los sentimientos de alegría de que fué inundado todo el cielo; ¿dudaremos, dice el mismo santo (1), que los ciento y cuarenta y cuatro mil cantores de la capilla real del cielo, que estan siempre delante del trono del cordero con sus instrumentos de música en la mano, no hicieron resonar hoy aquellas sagradas bóvedas con la armonía del nuevo cántico que nadie puede cantar sino ellos, y que no salieron á recibir á la Virgen, que es una de las prudentes? Pero ¿qué digo una? Es la primera entre las primeras y la que está siempre al lado del cordero acompañándole á donde quiera que las otras van detrás de él.

Nuestra señora es el trono de Dios.

V. Para cumplir del todo mi promesa no me resta ya sino hacer ver que los santos afirman que la Virgen misma, hablando con propiedad, es el verdadero trono del rey de la gloria. El abad Guerrico lo dice mejor y mas claramente que ningun otro. «Guardaos de creer (son sus palabras) (2), que el ser recibido en el seno de Abraham sea una dicha comparable á la de ser recibido en el seno de María, en vista de que el rey de la gloria puso su trono en ella diciendo: Ven, elegida mía, y yo pondré mi trono en tí.» No era posible pintar mas natural y elegantemente la prerogativa de la gloria

(1) Serm. 4 de Assumpt.

(2) Sermo 4 de Assumpt.

de esta bendita alma que llamándola el trono de Dios; porque esto es decir claramente que Dios no se comunica á ningun santo con tanta plenitud y familiaridad como á aquella en quien descansa especialmente. Bien sé que prometió sillas á sus apóstoles para que juzgasen con él (1), en consideracion á que lo dejaron todo por amor de él. No ignoro lo que dijo (2) para alentar á sus soldados; que los hará sentar victoriosos en su silla como él se sentó despues de sus conquistas en el trono de su eterno Padre. Mas así como el mérito de la madre es muy diferente del de los siervos, lo mismo sucede con el galardón. En efecto cuando dice que pondrá en ella su trono, es como si hablara de esta suerte: «Es muy poco, dulce madre mia, que estés sentada junto á mi para juzgar conmigo: tú has de ser mi solio y yo he de descansar mas particularmente en tí, porque mi contento es hacerte comprender de un modo privilegiado al que es incomprendible. Tú me llevaste siendo pequeño en tu seno: tú me llevarás inmenso é infinito tal como soy ahora en tu espíritu. Tú fuiste la posada del peregrino: tú serás el palacio del rey. Tú fuiste la tienda de campaña del que tenia aun que pelear: tú serás el carro triunfal del vencedor. Tú fuiste el tálamo nupcial del esposo encarnado: tú serás la silla del rey coronado.» ¡Oh rey de la gloria, qué cierto es que la santidad conviene á tu casa y que has puesto en ella buen orden! Porque al entrar allí por la primera vez aumentaste su gracia; pero á la segunda la colmaste de ella. Allí naciste como hombre; aquí fuiste glorificado como Dios. Entonces la hiciste un santuario de gracia; ahora la has hecho el trono de tu gloria. Quiero que haya algunos entre los espíritus bienaventurados, á quienes honramos con el glorioso título de

(1) Mat. XIX.

(2) Apoc. III.

tronos: concedo que en los libros sagrados el alma del justo se llama el asiento de la sabiduria (1): tambien permito que se diga que el cielo está lleno de sillas, que no son sino los santos, y que Dios descansa en cada una de ellas acomodándose segun la capacidad de sus méritos; pero que no se dispute el derecho de la madre de Dios, ni se piense en colocarla con el comun de los santos. Con efecto sin hacerles agravio hay que confesar que Dios tiene un trono señalado, cuya gloria es ensalzada sobre todo cuanto existe en el cielo. Hablo de Maria ensalzada de tal suerte sobre todos los coros de los ángeles, que á la madre nadie la precede sino el hijo, ni á la reina se aventaja nadie mas que el rey, ni á la medianera mas que el medianero.» Así habla este insigne siervo de la Virgen, y lo explica aun mas particularmente en el sermon siguiente cuando hace hablar al Salvador de esta manera: «Yo te pondré como el solio de mi reino: en tí y por tí administraré la justicia: de tus sagradas manos recibiré los memoriales de los hombres. Nadie me sirvió mas fielmente que tú en mi menor edad: razon es que yo te sirva mas que todos los otros en mi reino. Tú me diste la humanidad; posee en pago mi divinidad: tu humildad se contentaba en otro tiempo con un beso de mi boca sin atreverse á pedir otra caricia; ahora recibirás de mí un beso eterno; pero de modo que pegando mis labios á los tuyos, uniré mi espíritu indisolublemente con el tuyo, porque he deseado tu hermosura con particularísimo ahinco, y me parece que faltará siempre algo á mi gloria hasta que conozcas plenamente el bien incomparable que quiero para tí.» Bendigante tus ángeles, oh rey de la gloria: la gloria de tu madre haga resplandecer aun mas la tuya, y conozca

(1) Sap. VII.

todo el mundo que así como no hay un hijo que se te parezca, tampoco hay una madre semejante á aquella á quien has honrado tanto (1).

UNDÉCIMA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de excelencia de la madre de Dios.

CAPITULO XII.

QUE HA SIDO Y ES AUN RECONOCIDA Y LLAMADA BIENAVENTURADA POR TODAS LAS GENERACIONES DE LA TIERRA.

De la misma manera que vemos salir del sol, padre del día, un rayo que va derechamente hasta encontrar un cuerpo sólido y oscuro que le detenga, y luego como retrocediendo difunde á su rededor la claridad; así sabemos que del rostro luminoso de Dios emana un rayo de gloria, que dando en derecha en lo mas íntimo del alma de los bienaventurados ilustra sus entendimientos, conforta y regocija sus voluntades y produce en sus cuerpos unas calidades maravillosas que llamamos dotes gloriosas: de allí se extiende al rededor llenando aun fuera de fama y de honor á aquellos á quienes Dios ha intentado glorificar, haciendo su nombre ilustre en la tierra como su mérito es conocido en el cielo. Este es el resul-

(1) Véase la adición de la que va puesta en la nota B al madre Maria Jacoba de Blemur fin del tomo.

tado del combate de los santos con Dios, porque como el secreto de ellos fué ocultarse y anonadarse en este mundo por amor suyo, él por su parte pone en juego admirables resortes para honrarlos y engrandecerlos en la tierra y en el cielo. Así prometió nuestro Señor á Magdalena despues que esta puso á sus pies su honra y su fama, que se hablaria de ella en todo el ámbito del mundo: así dió palabra á S. Antonio luego que se hubo retirado al desierto, donde no veia mas que las fieras y los demonios, de que le haria famoso en toda la tierra. La misma promesa hizo á la mayor parte de los santos, y fué sin comparacion mas fiel en cumplir su palabra que liberal en empeñarla. Esta es la máxima de estado que mandó publicar en los tiempos antiguos por el profeta que envió al sumo sacerdote Heli, diciendo que cualquiera que diere gloria al Señor, será glorificado, y los que le desprecien, serán viles (1). Esto se ve certisimamente en la madre de Dios, que habiéndose abatido por su amor mas que todas las criaturas fué primeramente ensalzada en el cielo, como acabamos de ver, y además recibió tanta honra en la tierra, que casi parece no haber tenido Dios otro pensamiento que buscar los medios de honrarla. No es esta una de las menores excelencias de la madre de Dios; por lo que veo que para presentarla como es debido necesito el favor del uno y de la otra, es decir, del que se complació en hacerla gloriosa y de la que mereció este honor.

§. 1.—Que la madre de Dios, segun profetizó ella misma, fué llamada bienaventurada por todas las generaciones.

I. El santo Job (2) y el profeta David (3) dicen unánimes que una vez habla Dios y no repite segunda vez la

(1) I Reg., II, 30.

(2) Job XXXIII, 14.

(3) Salmo LXI, 42.